

www.puntodelectura.es

CORRIE HOSKING

Llueve ceniza

Traducción de Belén Fernández Sestelo

Para Adam

A veces sueño que todo lo que poseo
podría arder y
dejarme sin tristeza, sin hogar.

She Prefers Fire, Deborah Conway

Dell está desnuda. Tiene el cuerpo chamuscado y el pelo convertido en rastrojos. Sus pies descalzos levantan nubes de ceniza al golpear la tierra, y las ampollas estallan supurando sangre acuosa. Cruza lentamente el espacio abrasado. Camina sobre cicatrices de tierra, sobre roca agrietada. Pisa con cuidado una protuberancia de hueso calcáreo, dos esqueletos diminutos con los dedos óseos entrelazados.

Espirales de humo ascienden de las profundidades de la tierra a medida que se consumen las raíces. El incendio continúa en el subsuelo. El cielo es uniformemente blanco, una bóveda blanca que contiene este nuevo mundo, y Dell avanza constante a través de la devastación, cruza hasta el otro extremo. Llueve ceniza.

Le queda su nombre. Sólo su nombre.

Dell se despierta sofocada del sueño. Palpa la cama con las manos, buscando a tientas una pista que le recuerde quién es. Inhala el aire frío y toca un cuerpo. Es el suyo. Coloca las manos sobre sus pechos y la respiración se serena. Esta pesadilla resulta ya muy familiar.

Más tarde, en esta mañana de invierno, Dell se revuelve en la cama, retira de una patada el edredón y se despereza.

Los pliegues íntimos de su piel rezuman humedad. Está pegajosa de sudor. Un molesto latido le golpea las sienes y se acumula tensión en el fondo de los ojos.

Dell observa su pequeño cuarto con los ojos entrecerrados. La familiaridad no la reconforta: ropa interior desparramada con la entrepierna apuntando descaradamente al cielo; velas derretidas por el suelo plagadas de pelos de gato; pelos de perro; polvo; vello púbico y una alfombra raída salpicada de cera. Lía un cigarrillo, contempla el polvo flotar entre el humo que exhala y se pregunta si Evvie estará despierta. Fuera, alguien llama en voz alta y aúlla un perro. Dentro tiemblan las tablas del suelo bajo unos pasos y tintinean platos y cubiertos.

La pequeña Luce está sentada a horcajadas en el umbral, mitad dentro de casa, mitad fuera. La luz matinal brilla a través de los pliegues de sus orejas en tonos rojizos y anaranjados. Al acercarse, Dell ve que Luce tiene los ojos legañosos de sueño; baba reseca desaparece por la barbilla, y entre los dientecitos de leche se han alojado restos de desayuno. Dell aspira el penetrante olor a orina y piensa que Luce es repulsiva y cautivadora a la vez.

—No puedes fumar dentro de casa. —Luce se sorbe los mocos—. Huele que apesta y te vas a morir.

Dell arranca la punta del pitillo y lo esconde en la mano.

—Lo siento. No me daba cuenta.

Luce pone los ojos en blanco y mira hacia otro lado.

—¿Se ha levantado tu madre?

—No.

—¿Qué has desayunado..., cielo?

A Dell se le dan muy mal las palabras cariñosas, pero no deja de esforzarse.

—He tomado cereales de chocolate, pero, como no había leche, los puse en el tazón y los fui cogiendo. —Luce se chupa los dedos pringados de chocolate—. ¿Cuántos días faltan para que nos pongan una cocina de verdad?

Han levantado la vieja cocina. Ahora no hay más que una cicatriz abierta de color blanco y olor a pintura. Luce pisa con fuerza las tablas del suelo. Sus pasos hacen eco.

—Qué gracia. Suena dos veces.

A Dell, el vacío la pone nerviosa. Escucha retumbar por toda la estancia los sonidos que emite: su voz descendiendo del techo, su aliento trepa por las paredes y le resulta difícil saber en qué punto exacto se encuentra.

—Quedará muy bien cuando esté acabada, ¿verdad? Será una cocina acogedora y limpia.

Un nuevo comienzo.

Luce se encoge de hombros y se dispone a marcharse. Observa tras ella las huellas de yeso que va dejando.

—¡Mira! ¡Todas las pisadas llevan a la cocina!

Se enciende el televisor en el cuarto de al lado. Dell examina su reflejo en la ventana de la cocina. Percibe la luz enredada en su pelo y advierte que está frunciendo el ceño. Hay movimiento detrás de ella. Presiona el puente de la nariz y siente mareo, como si estuviera ida.

—¿Ha helado por la noche?

Evvie está de puntillas y tiene los brazos cruzados y apretados contra el pecho.

—No.

—Pues hace un frío de mil demonios —resopla Evvie—. ¿Por qué te has quedado mirando al hueco?

Dell se restriega los ojos.

—Es extraño... No soy capaz de imaginar qué hay que poner a continuación.

La abrupta carcajada de Evvie reverbera como un disparo de bala.

—Pues deberías saberlo. Lo diseñaste tú.

Luce irrumpe entre ellas y choca con las piernas de Dell.

—¿Mamá?

Arruga la frente con expresión seria.

—Mañana tengo que llevar al cole algo que cuente una historia sobre la familia. Es para la clase de «mostrar y contar».

Evvie se mira los pies, que están sobre polvo de yeso, y Dell no alcanza a ver su expresión.

—Una historia sobre la familia, ¿eh?

—Sí. Esta semana nos toca la familia y estamos haciendo un mural muy grande que va a cubrir toda la pared y dijimos historias sobre nuestra familia.

—*Contasteis* historias. *Contasteis* historias sobre la familia de cada uno. —Evvie camina dejando un semicírculo de pisadas—. ¿Y qué historia has contado tú?

Dell alza la vista y recorre con los ojos la moldura del techo.

—Supongo que les habrás hablado de las ostras del abuelo y de los cactus de la abuela.

A Dell nunca le han agradado las plantas suculentas. Le gusta que las plantas se muevan con la brisa.

—No. —Luce se remanga el pantalón del pijama—. Dije que en mi familia estaban mamá, mi perro Clancy, mi gato Pud y las gallinas y tú.

—¿Y yo? En fin, yo no soy...

Luce hace una mueca contrariada y Dell advierte la sonrisa torcida de Evvie.

—Me pregunto qué leerá la Sra. Sutter entre líneas—dice Evvie.

—No. —Luce se abraza a las piernas de su madre—. No vamos a leer; sólo va a haber dibujos.

Evvie suelta una carcajada y le alborota el pelo a Luce.

—¿Qué te parece si me ayudas a encender la chimenea y luego pensamos en historias que contar?

—Mamá, ¿lo pasabais bien, Dell y tú, cuando erais pequeñas?

—Tienes mala memoria —contesta Evvie, dando un golpecito a Luce en la sien—. Ya te lo he contado otras veces. Conocí a Dell cuando me mudé a la ciudad, poco antes de tenerte a ti.

Dell se desploma en el sofá.

—Ya conoces la historia: tu madre y yo habíamos ido a ver al mismo grupo de música. Tu madre se subió al escenario y empezó a lucirse.

—Yo no...

Dell se ríe.

—Y no me subí sin que me invitaran. Ellie me dio la mano para subir.

Luce arruga la nariz y se le ven los dientes.

—¿Quién es Ellie?

—Es una cantante. Yo vivía con su hermano.

—¿Era tu novio?

Evvie suelta un resoplido.

—¡Oh, Dios, no! Era un imbécil.

Dell arranca hebras de un cojín, rehuendo los ojos de Evvie.

—Tu madre les robó el espectáculo.

—¡No es verdad! Sólo estaba haciendo el tonto.

Evvie lanza al aire una baqueta imaginaria, la coge con una mano y aporrea un platillo invisible. Luce se ríe y da saltitos sobre su trasero.

—¿Qué ocurrió luego, mamá?

Evvie rasga las cuerdas de una guitarra de aire.

—No sé. Nos pusimos a hablar. Le di la mano a Dell y dije: «Hola. Me llamo Evvelyn Todd. ¿Quieres jugar?». Y ella sí quería, así que nos hicimos muy amigas.

Dell traga saliva y replica:

—No. No ocurrió así. Tu madre olvida las partes importantes.

—Ésa era la parte importante.

—¿Y qué pasa con los detalles?

Evvie se encoge de hombros.

—Los detalles no se me dan bien.

Luce mete un dedo por un agujero del jersey y mira el fuego fijamente, perdiendo interés.

—Pero ¿qué ocurrió luego, mamá?

—Quizás Dell debería contar la historia —contesta Evvie—. Así puede inventársela a su gusto.

Dell estaba de pie, sola, apurando una cerveza después de una comida solitaria. Contemplaba a la cantante principal morder la púa de la guitarra y guiar al resto del grupo. Pronto adquirió la música tal volumen que alteró los latidos de Dell. Ella se blindó contra el ruido e intentó relajarse.

A mitad de la actuación, un par de cervezas más tarde, la cantante le agarró la mano a una chica del público

y la ayudó a subir al escenario. Tocó un acorde y chilló al micrófono:

—¡Evvie! ¡La auténtica reina del baile!

—Era mamá —afirma Luce—. Siempre está bailando.

—Sí —asiente Dell—. Se ondulaba al son de la música como un pez en el agua.

Luce pone cara de pez y Evvie se ríe. Dell se hunde todavía más en el sofá. Los recuerdos vuelven a desfilar ante sus ojos como en un proyector.

La chica (Evvie) se movía por el mundo con los ojos semicerrados. Ajena, absorbida; parecía bailar para sí misma. Dell nunca había contemplado un movimiento tan desinhibido, tan fluido, así que permaneció estirada esforzándose por ver bien el escenario. Captó los ojos de la muchacha y estaba lo bastante borracha como para sostener la mirada, sugerir una sonrisa, dejar la seguridad de la barra y avanzar a tropezones entre la gente hasta el escenario. El grupo aminó el ritmo y la chica serpenteó, dio vueltas, se sacudió el cabello y sonrió confiada. Dell, resbaladiza, pegajosa y llena de picores por el calor, surcó el aire, abanicó la camisa y tiró de la ropa interior, dejando pasar aire entre los frunces de la tela.

—Yo no sé bailar como tu madre. Sin embargo, sentía un hormigueo por todo el cuerpo. —Dell hace cosquillas a Luce—. Tenía intención de subir, pero ella saltó del escenario y vino hacia mí.

—¿Te gustan las canciones? —preguntó.

Dell asintió.

—¿Por qué te vas?

Dell se enjugó el rostro en la manga y se encogió de hombros.

—No te vayas. Vamos a tomar una cerveza.

Permanecieron en silencio, mirando fijamente el grupo que tocaba ante ellas. La cantante aullaba con tono quejumbroso. Una canción hermosa y perturbadora, que retumbaba al ritmo de los golpes profundos de la batería, muestras de sonidos de otro lugar y otra época.

—Negrura, oscuridad, río dorado —cantaba Evvie al lado de Dell.

Un sonido puro. El tintineo de un ángel.

Luce juguetea con los hilos sueltos de su jersey. Ha agrandado el agujero.

—¿Podemos tomar tostadas con miel?

—Shhh —contesta Evvie—. Está hablando Dell. Pregúntale qué ocurrió después.

Luce tira de un hilo y suspira.

—¿Qué ocurrió después?

—Muchas cosas.

Dell siente náuseas. No puede ser una resaca: no ha bebido tanto anoche. Se pregunta si hace demasiado calor en la estancia, si tanto hablar le está revolviendo el estómago.

—Quizás deberíamos contar una historia diferente. Quizás ésta sea aburrida.

—No. —Evvie recoloca las piernas—. Cuéntenos cómo empezamos a ser amigas.

Se reunían en el bar cuando las tardes eran largas, cálidas y dulces. Se sentaban en la terraza bajo las ramas de los helechos y admiraban el cielo anaranjado de Adelaida.

—El mar me enseñó a bailar, me enseñó a ser resistente —explicaba Evvie. Los músculos trabajaban bajo la piel, estirándose y plegándose—. Solía nadar más allá del rompeolas, luchar contra el oleaje...

Dell comía chocolate y sentía la grasa fundirse por toda ella. Cruzada de brazos y piernas, veía brillar a su nueva amiga entre extraños, veía resplandecer el rostro de Evvie. Dell espiaba a Evvie cuando ésta se incrustaba a hombres desconocidos, aplicaba la boca a sus gargantas, les deslizaba los dedos por el pelo, bajo las camisas, hasta la parte trasera de los pantalones. A veces, Evvie sonreía por encima de los hombros huesudos de un extraño provocando a Dell. Ésta se estremecía y se daba la vuelta.

Dell se sentía incómoda ante las preguntas, así que fue tejiendo unas cuantas historias al calor del vino tinto y de porros bien cargados. Inventó recuerdos, personas y lugares, concibió a medias pensamientos, imágenes y emociones. Al final del relato, estaba consumida y exhausta. Evvie la escuchaba en silencio y le decía que necesitaba curar las heridas. Dell se sonrojaba por las mentiras, pero pensaba que la realidad era demasiado caótica.

—Unas semanas después, tu madre vino a cenar a casa —rememora Dell.

Luce exhala vaho en el cristal y dibuja espirales.

—¿Podemos tomar espaguetis esta noche?

—Albahaca. Cociné algo con albahaca del jardín.

Dell se sorprendió al encontrar brotes en los tallos de albahaca. Le había parecido que la planta estaba muerta, pero algo se tramaba bajo la superficie. Arrancó las puntas verdes, las frió en poco aceite con ajo, jengibre, chile y langostinos. Coció arroz silvestre con anacardos, introdujo generosos codillos en masa de pan y mezcló piña fresca con azúcar y menta. Evvie llegó al jardín de Dell al anochecer. Llevaba un paquete de cervezas Coopers Sparkling y un vestido muy sencillo. Los tirantes le habían resbalado por los hombros desnudos y le dejaban marcas blancas en los brazos. Dell tropezó cuando Evvie se disponía a darle un beso y Evvie besó al aire. Dell cogió las cervezas.

—Cuanto antes las abramos, mejor.

Evvie hizo un movimiento brusco y se detuvo.

—¿Es tuyo este sitio?

—Sí, es mío.

Dell abrió la puerta de la entrada, dejó la media docena de cervezas en la encimera de la cocina y oyó a Evvie aspirar el aire.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

Dell sintió calor y picor trepar por el cuello.

—Bastante.

Evvie miró a su alrededor.

—¿Es ésta la casa de tu familia?

Dell golpeó suavemente la tapa de una cerveza y contestó:

—Era la casa de otra familia. No de la mía. Aún salen del horno los olores de los antiguos inquilinos cuando cocino. Todavía encuentro sus trastos en el jardín: vajilla rota, frascos de medicamentos... ese tipo de cosas.

Evvie la mira detenidamente.

—Entonces, ¿dónde te criaste?

Dell se puso a ordenar el paquete de Coopers Sparkling.

—Vamos a tomar una cerveza.

—Eso es —corroboró Evvie—. Cenamos fuera, bajo la glicinia.

—¿En este jardín? —Luce frunce el ceño.

—Sí —señala Evvie—. Justo ahí, en la veranda.

—¿Qué pasó luego, Dell?

—Más cosas —responde Dell con voz ronca—. La verdad es que no estoy de humor para contar historias en este momento. Tengo que ducharme y despejarme.

Evvie alisa el pelo de Luce y susurra:

—Cenamos fuera y Dell me contó la historia del incendio terrible que se produjo cuando ella era pequeña, igual de pequeña que tú.

Llovían pétalos y Evvie sudaba chile, ajo y vino tinto. Los pies danzaban nerviosos debajo de la mesa. Dell se ruborizaba al hablar.

—El Lunes Negro. Más de doscientas familias perdieron sus hogares y sus tierras. Murieron veinticinco personas y ciento ocho tuvieron que ser atendidas por inhalación de humo, quemaduras y problemas relacionados.

Evvie entrechocaba las piernas inquietas y escuchaba. Parecía como si Dell nunca antes hubiera hablado del pasado. El relato era confuso.

—Siempre iba sola, con los pies en el barro, con cieño hasta los tobillos. Me deslizaba por la orilla del río y

mi imagen se reflejaba en el agua. Era una cría subida a un árbol. Era la gordita pelirroja. Me hacían señas con los dedos: «Baja, Adella. Baja». Teníamos una cabra vieja con un cuerno roto.

Evvie frunció el ceño, se frotó las rodillas y miró el reloj. El último autobús salía al cabo de una hora. Arrimó la silla hacia Dell. No sabía si podría dejarla sola en ese estado.

—Había ropa tendida a secar. Los cuadros en tinta de papá estaban enmarcados en la pared de la sala de estar. Había fotos de bebé, ropa amarillenta, juguetes viejos, mis dibujos: retratos de mis dos mejores amigas. Retratos de Pammy. Creo que tenía cinco años... Tenía cinco años. Llevaba un mono de felpa y papá me llamaba su «salchichita frita». Estábamos en la huerta, recogiendo maíz. El viejo perro de mamá estaba enterrado cerca: bajo el nogal, bajo las lilas. Los oíamos gritar en la casa de al lado, desbordantes de vida.

Evvie escuchaba hablar a su amiga. Observaba cómo Dell entrelazaba nerviosamente los dedos en el cabello, cómo golpeaba el suelo con el pie izquierdo, cómo se le moteaba la piel. Evvie dominaba el lenguaje del cuerpo, pero había algo incierto en la danza errática que ejecutaba Dell al verter su historia en el espacio existente entre ellas dos.

—Mi madre era una mujer diminuta. Clavaba los ojos a la televisión, sentada con el mando a distancia en el regazo, bebía infusiones de *vegemite*¹ y tenía los pies

¹ Marca de un producto australiano para untar o hacer infusiones, elaborado con extracto de levadura concentrada. Tiene un sabor fuerte y salado. (*N. de la T.*)

enfundados en zapatillas de felpa. Le encantaban los crucigramas y los concursos de preguntas, y susurraba las respuestas para no molestarse a sí misma. No decía gran cosa, pero yo sabía lo que pensaba de mí. Yo era demasiado ancha, demasiado grande, demasiado ruidosa, demasiado tranquila. Tenía las manos demasiado grandes para ser una niña, las palmas demasiado ásperas. Tenía el pelo demasiado revuelto, demasiado abultado, demasiado crespo, y el color era indefinido, ni pelirrojo, ni castaño. Mi madre me reservaba pocas palabras. Me decía: «qué bonito». Si le hubiera prendido fuego, apenas habría pestañeado. —Dell se detuvo y se golpeó el pecho—. Tengo ardor de estómago. Demasiado vino.

La noche estaba fresca. Evvie sentía cómo su cuerpo se enfriaba y se entumecía.

—Dell, tendré que irme pronto. Debo coger el último autobús. Lo siento.

Dell cerró los ojos.

—¿Por qué lo sientes? No es más que una historia de mierda. —Rompió a sollozar y susurró—: Es todo mentira. Ésa no era mi madre. Mi madre no era así en absoluto.

Evvie extendió la mano y acarició la cara de Dell.

—No pasa nada. Es el alcohol. No importa. Son sólo palabras.

Las lágrimas chisporroteaban en las mejillas de Dell. Ésta apartó la mano de Evvie.

—Después del incendio, enterré a mamá y papá en la huerta, bajo el nogal... bajo el arbusto de lilas, junto a los otros, junto a la parcela de Pammy. —Los mocos le colgaban—. Están todos muertos. Pero no voy a hablar de ello...

Evvie encontró una manta, arropó a Dell por los hombros y la dejó en el jardín, desmoronada en la silla. Sintió un nudo en la boca del estómago al caminar por la casa de Dell. Vio que las tablas del suelo estaban combadas y torcidas y que daban a una habitación pequeña en la parte delantera de la casa. Evvie abrió la puerta, metió la cabeza y advirtió que el cuarto estaba vacío. En el trayecto de vuelta a casa, hizo cábalas sobre lo que había visto.

Evvie observa sigilosamente a Dell dormitar en el sofá y susurra al oído de Luce.

—A veces, Dell se pone triste, ¿verdad?

Luce asiente con gesto serio.

—¿Viniste aquí para hacerla feliz?

Evvie suspira y rodea a su hija con el brazo.

—Vine a vivir aquí porque no podía soportar vivir con Gavin, el hermano de Ellie, y sus tres compañeros descerebrados. Quería vivir con alguien reposado y... estable.

Evvie despejó un lugar en el suelo de su destartada casa compartida, entre el caos de las vidas de otros cuatro estudiantes, y esperó a que el teléfono quedase libre.

—¿Qué tal tienes la cabeza?

Al otro lado de la línea, la voz de Dell sonaba tranquila y anodina, como si estuviese muy lejos.

—Bien. No es nada nuevo.

Evvie se rió, se apartó el pelo y enrolló el cable del teléfono alrededor del dedo. De repente se sintió como una adolescente. Metió la mano en el bolsillo y se apoyó contra la pared.

—Sólo llamaba para ver qué tal estabas.

—Estaré bien.

—He pensado que quizás te vendría bien que alguien cuidase de ti.

Silencio. Evvie deseó al instante no haber dicho esas palabras.

Dell se concedió un momento antes de responder.

—Llevo años viviendo por mi cuenta. Creo que puedo arreglármelas.

—Lo siento. No quería expresarme así.

Dell suspiró.

—Escucha, ¿es por la habitación libre?

Gavin entró en la estancia, meneando la pelvis y lanzándole besos ruidosos por el aire. Evvie puso una mueca y le hizo un corte de mangas. Tomó aliento.

—Sí. Es por la habitación libre.

—Así que me vine a vivir aquí, a la casa de Dell.

Evvie ha hecho trenzas a Luce. Ladea la cabeza y admira su trabajo.

—Voy a coger mis pinturas. —Luce se levanta—. Puedes seguir contándome cosas, pero yo tengo que hacer algunos dibujos.

—Muy bien, gusanito. —Evvie señala a la chimenea—. ¿Qué te parece si antes traes un poco de leña?

Evvie examina a Dell. Sigue desplomada en el sofá, con los ojos entrecerrados pero fijos en el fuego.

—¿Estás despierta?

Pausa.

—Sí.

Evvie mantiene la mirada.

—No hay problema en contarle estas cosas a Luce, ¿verdad? Sólo son un par de anécdotas: «hicimos esto, hicimos lo otro...», entrañables, bien filtradas y apropiadas para una niña de cinco años. —Sonríe—. Quizás deberíamos inventarnos una sarta de mentiras, despachar a Luce contándole que eres mi amante lesbiana y que saliste de la cárcel después de disparar a su padre.

Dell parpadea despacio y Evvie sabe cuándo callarse.

—Aquí está, mamá. —Luce sostiene una raíz de eucalipto y posa las pinturas—. Dell, ahora puedes contarme el resto. Te escucho, aunque voy a estar bastante ocupada.

—En realidad, debería ducharme —objeta Dell.

—Venga. —Luce vierte un chorro de pintura azul brillante—. Tienes que contar una historia hasta el final.

—Pensé que estabas muy ocupada.

—Pero tengo orejas para oír.

Evvie se alegra de la persistencia de Luce. A veces su hija es capaz de obligar a Dell a salir de sus letargos.

—Bien —musita Dell—. Tu madre se trasladó poco a poco. Cogí prestada la furgoneta del trabajo y la ayudé a traer los muebles.

Antes de salir de Adelaida, se desviaron por Rundle Street para comprar rollitos de *falafel*. Evvie conectó su lector de CD al mechero del coche y puso *Song 2* de Blur para reírse un rato. Bajó la ventanilla y gritó la letra de la canción a los coches que pasaban, a los niños que esperaban en las paradas de autobús, a las parejas que paseaban y a los obreros del ayuntamiento que rellenaban baches. Dell se reía y decía que era como tener un perro en el

coche. Evvie mordió su rollito de *falafel* y se le escurrió el contenido sobre el regazo. Se lamió el muslo y frotó la mancha.

—¡Mierda! Esta mancha sólo sale con una cosa.

Dell miró a Evvie mientras ésta se llevaba la pierna a la boca y chupaba lo que quedaba del relleno.

—¿Con qué?

Evvie sonrió. Tenía restos de perejil en los dientes.

—Con cerveza.

Se emborracharon sentadas sobre el suelo combado de la nueva habitación de Evvie, rodeadas de cajas, mantas y muebles boca abajo. Evvie hurgó durante un momento, encontró su caja de madera favorita, que su padre le había hecho con tablas arrastradas por la marea hasta la orilla del mar, y volcó el contenido en el suelo.

—Ésta es mi colección de conchas —explicó.

Dell vació los posos de la cerveza en la lengua.

—Hay muchísimas.

—Toda una vida. Las colecciono desde que aprendí a agarrar cosas. —Se llevó una a los labios y la lamió—. Todavía sabe a sal.

Dell se reclinó sobre el colchón de Evvie y observó una títula tambalearse por el techo.

—¿Echas de menos tu casa?

Evvie empezó a ordenar las conchas de mayor a menor.

—Echo de menos el mar y el campo y el cielo inmenso. Echo de menos las ostras frescas.

Dell se chupó los labios.

—¿Echas de menos a tus padres?

Evvie la miró de reojo y se preguntó cómo responder.

—Sí. Supongo que sí. No creo que pudiera volver a vivir con ellos, pero echo en falta su presencia. Echo de menos tomarme una cerveza con mi padre en la barcaza. Por cierto, dentro de unas semanas cumple cincuenta años. Va a celebrar una fiesta por todo lo alto. Podrías venir conmigo, si quieres.

Dell se incorporó y abrió otra cerveza.

—No creo. No se me dan muy bien las familias felices.

Evvie removió las conchas durante un rato. Luego se sentó sobre los talones, miró a su alrededor y agarró su bebida.

—Por el principio de algo hermoso.

Dell se levanta con dificultad del sofá.

—Ya está bien. Me voy a dar una ducha. Luego iré a comprar. No hay leche y necesito imperiosamente una taza de té.

Evvie asiente.

—¿Puedes comprar los periódicos? —Arrima la espalda al fuego para calentarse y decide pasar un domingo tranquilo. Pretendía ir a dar un paseo, pero ahora hace mal tiempo—. Y pan fresco. Y paté de berenjenas. Y tomates y aceitunas.

Dell pone los ojos en blanco y se dirige al baño. Evvie la llama.

—Venga, Dellsy. Vamos a darnos un pequeño festín. Hay dinero junto a mi cama.

Evvie se tumba frente al fuego y contempla las telas de araña, que se ondulan con el calor que asciende de la chimenea. Estira las piernas en el aire, se da un masaje en

los ligamentos tensos de la corva y escucha el silbido melódico de las tuberías del agua caliente.

—Luce, me parece que hoy deberíamos pasar todo el día holgazaneando, comiendo cosas ricas y contando historias. —Mira a su hija—. ¿Qué te parece?

Luce agarra su pincel concentrada y se encoge de hombros.

—A lo mejor tengo que ir pronto a echar un vistazo al arroyo.

Evvie la observa atentamente.

—Ay, gusanito, ya casi no recuerdo cómo era mi vida antes de que nacieras. No sé qué hacía yo de mis días.

Luce se pinta de amarillo la yema de un dedo y estampa las huellas en el papel.

—Seguramente ibas a restaurantes. Eso es lo que hacen las personas mayores cuando no tienen niños, porque a los niños no les gustan los restaurantes... A no ser que haya patatas fritas y, a lo mejor, helado.

Evvie niega con la cabeza.

—No. Casi nunca iba a restaurantes. Son demasiado caros. Además, no soy de esas personas que disfrutan comiendo fuera. —Cierra los ojos—. Ni siquiera sé si ese restaurante turco sigue estando allí.

Evvie reservó una mesa y le dejó un mensaje a Dell para que se reuniera con ella a las siete. Se sentó a una mesa junto a la ventana. Miraba a la gente pasar y manoseaba nerviosamente la servilleta preguntándose por qué. El aire acondicionado emitía un leve zumbido. Se oía el claqueo distante de los cubiertos. Un camarero elegante apilaba platos. Evvie observó el polen flotar

desde los estambres de un ramo de tulipanes y miró el reloj.

Dell llegó media hora tarde, todavía con la ropa de trabajo puesta.

—Lo siento, pero esta actividad no encajaba en mi planificación del día. ¿Qué es esto, por cierto? ¿Una cita?

Evvie se restregó los ojos y esbozó una media sonrisa.

—Vete a la mierda. Sólo es una cena.

—Estás muy guapa.

—¡Que te vayas a la mierda, te he dicho! No es más que una cena. Es agradable cenar con una amiga, ¿vale?

Dell escondió sus manos sucias debajo de la mesa.

—Vale.

Contemplaron a la bailarina de la danza del vientre, que giraba alrededor de una mesa de hombres vestidos de traje y corbata. Evvie y Dell se rieron porque los hombres parecían incómodos y porque uno de ellos tocaba las palmas a destiempo.

Dell se hizo oír por encima de la música.

—Espero que no venga a nuestra mesa.

Evvie, con la boca muy abierta, daba saltos en su silla.

—¡Yo espero que sí!

El camarero trajo una fuente para dos, llenó los vasos de vino y recogió los platos vacíos. Evvie hizo un gesto en dirección a la bailarina.

—¡Es extraordinaria!

Él señaló la comida.

—Cómanselo todo si quieren ser tan buenas como ella. Ella come como un hombre y por eso está robusta y

hermosa. Deberían haber pedido también un plato principal. Esto no les llegará a nada.

Evvie frunció el ceño, se dio la vuelta y mojó un *dolmades*² en salsa de garbanzo. La bailarina se levantaba la falda con la pierna y hacía tintinear las campanillas que pendían de los tobillos. Giraba al tiempo que movía los brazos en espiral, agitaba la pelvis, ondulaba el vientre y hacía vibrar los pechos.

La cena se terminó pronto. Dell pinchó el último trozo de pulpo y se revolvió en la silla.

—Escucha, estoy agotada. Creo que me voy a ir pronto. Ni siquiera me he duchado aún.

Evvie asintió y sacó el monedero.

—¿Podemos parar en alguna tienda por el camino? Tengo que comprarle a mi padre una botella de whisky.

—Ah, es verdad. Te vas mañana. ¿Quieres que te lleve a la estación?

Evvie se encogió de hombros. Dell la miró.

—Estás muy callada.

Evvie sacó la tarjeta de crédito.

—Mira... Siento todo esto. Pensé que estaría bien salir a cenar fuera.

—Ha estado bien. —Dell frunce el ceño—. ¿Por qué? ¿Qué esperabas?

Evvie volvió a encogerse de hombros. No lo sabía.

Tumbada en el suelo, con los ojos cerrados, Evvie oye a Dell secarse el pelo con el secador en el cuarto de

² Rollito de hoja de parra relleno de arroz o de carne, típico de las cocinas turca y griega. (*N. de la T.*)

baño y a Luce sorber y resoplar de vez en cuando mientras pinta. El quincuagésimo cumpleaños de su padre: hacía años que no se acordaba de aquella noche. Algunas cosas están mejor olvidadas. Conservar las cosas buenas. Olvidar toda la mierda.

Evvie, cargada con una botella de whisky Glenfiddich para su padre, cogió un autobús con destino a Ceduna. Tras pasar Port Augusta, puso el primer CD, escuchó canciones de Portishead y Powderfinger y la Pastoral de Beethoven, y se saltó la colección de Midnight Oil mientras contemplaba la maleza de la costa.

Le apetecía ir a casa. Había sido un año difícil, tan lejos del mar, pero no sólo había sobrevivido, sino que había triunfado. Tenía una copia de sus calificaciones y su cuerpo invencible para demostrarlo. Pensó en lo agradable que sería beber la cerveza casera de su padre y chupar unas cuantas ostras frescas. El recuerdo de la sal le hizo sonreír.

La fiesta de Gordon tuvo lugar en el jardín, bajo los pimenteros. Evvie había pasado toda la tarde colgando luces de Navidad, por lo que el porche parpadeaba y emitía destellos de colores. La mayor parte de la familia había hecho el viaje desde Adelaida. Rob, el hermano de Gordon, había llegado del extranjero con su nueva esposa y sus hijastros. La tía Jess traía a su neurótico fox terrier y el tío Bill, un barril de cerveza. Evvie observaba a sus sobrinos manosear la comida. Su mirada se encontró con la de su hermana. Sally bebió un sorbo de vino blanco, mostró los dientes y miró hacia otro lado.

Evvie puso música de Jebediah en el estéreo y subió el volumen. Empezó a cantar *Leaving Home* a pleno pulmón para hacer la gracia. Todos la miraron.

Sally llegó junto a ella corriendo y la agarró del brazo.

—Está demasiado alto. Baja el volumen si no quieres provocarle a papá otro ataque cardiaco. —Dio un respolido y mordió una galleta—. Ah, Evvelyn, los Harmer están aquí.

A Evvie le dio un vuelco el corazón. Apuró la bebida, se sacudió el pelo y abrió otra cerveza.

—Shane viene con ellos. —Sally se limpió la boca.

Evvie barrió de un soplo la espuma del vaso de cerveza y se esforzó por sonar calmada.

—Era de esperar, ¿no?

—Supongo que tendréis que ponerlos al día.

—No necesariamente. —Evvie tragó saliva—. ¿Cómo sabes que no estoy saliendo con alguien en Adelaida?

Sally sonrió con desdén.

—¿Sí? ¿Con algún tío en leotardos?

Evvie miró a su hermana directamente a los ojos.

—¿Qué te hace pensar que es un tío?

Sally se quedó boquiabierta. Torció el gesto y meneó la cabeza.

—No seas tan estúpida y no seas tan vulgar. ¿Por qué eres siempre tan vulgar?

Giró sobre sus talones y se alejó con paso firme.

Evvie se quedó mirando a la multitud de familiares y amigos: las personas con las que había crecido, aquellos que decían conocerla y quererla. ¿Qué estaría haciendo Dell? Seguramente, disfrutar de un buen baño de sales de lavanda y jugar con los dedos de los pies entre la

espuma. Al besar la botella, Eevvie escuchó el tintineo de sus dientes sobre el cristal.

—Hola, Evvelyn. —Shane Harmer tenía el pelo húmedo y olía a loción de afeitar.

Eevvie retiró la botella de la boca. El sonido de ventosa resultó violento.

—¿Mamá?

Eevvie se despereza, mira a la chimenea.

—¿Qué?

Luce fuerza un gruñido.

—Es la tercera vez que te pregunto, mamá. No me estás prestando atención. ¿De qué color son los ojos de la tía Sally?

—Lo siento, cariño. Estaba pensando. Sally tiene los ojos azules, como yo.

Luce asiente y mezcla pintura en una tapa.

—¿Pensabas contarme otra historia ?

Eevvie mira hacia fuera y contempla la llovizna.

—Algo así, gusanito.

Un callejón junto al centro comercial. Resonaban pasos y el agua grisácea discurría hacia el sumidero. Eevvie lloraba.

—Dell, tengo frío.

Lloraba por el lío en el que se había metido, lloraba porque no sabía qué quería realmente y porque lo había echado todo a perder.

—Dell, ayúdame.

Dell le dio la espalda. Nada salvo esa espalda. Esos hombros inmensos.

—Qué debo hacer... Qué debo hacer...

Dell no se inmutó.

—No puedo ser madre... ¿no?

Evvie se acercó a Dell, intentó refugiarse en su calidez, fundirse en sus carnes reconfortantes, embutirse en su interior.

—¿Qué ocurrirá con la danza? ¿Podré seguir bailando? ¿Qué será de mí? ¿Qué será de nosotras?

Dell levantó las manos con las palmas hacia fuera y soltó un gruñido.

—Esto no va de nosotras. No tiene nada que ver conmigo. La has cagado tú solita.

Evvie trató de rodear a Dell con los brazos, pero sus manos abrazaban el aire.

—Pero yo pensaba...

La gente se quedaba mirando. Dell reaccionó con agresividad y la apartó de un empujón.

—Ni siquiera sabía que te estabas follando a alguien —le espetó, dejando a Evvie sola junto a la alcantarilla.

A los seis meses de embarazo, Dell llamó a Evvie palo de escoba con protuberancia. Fue una época deprimente. Evvie no hablaba del padre de la criatura, ni de lo que haría ella en el futuro. Llamó a sus progenitores y los dejó sumidos en un terrible estado de nervios. Se encogía a medida que crecía el hueco del bebé. Dell colocaba un jarrón de lirios en el alféizar de la ventana y dejaba sola a Evvie. Más tarde, torpemente recostada de lado con una almohada entre las rodillas, Evvie contemplaba las flores, que proyectaban sombras sobre el suelo. La oscuridad se ondulaba como las llamas de una hoguera.

Mientras Evvie se adormecía, la criatura empujaba y flotaba en su vientre, ejecutando un baile brusco al ritmo de los latidos del corazón de la madre.

—¿Crees que te gustaba estar dentro de mi barriguita?

—Evvie se incorpora, se asoma por encima del hombro de Luce para contemplar el dibujo y aspira el olor a sueño de la niña—. ¿Eh, mofetilla?

—¿Qué? —Luce está concentrada y tiene la lengua fuera.

Evvie le tira de la oreja.

—¿Me estás escuchando?

—Estoy ocupada —responde Luce.

—Me gusta tu dibujo. ¿Somos nosotras en el parque? ¿Junto al puente del ferrocarril?

—¡No! —Luce se da una palmada en la frente—. Son la tía Sally y Dave y los chicos, y ése es el corte de pelo raro de Matt y ése es el mar en casa del abuelo.

—Lo siento, chica. —Evvie se muerde el labio inferior—. ¿Quieres que te ayude a escribir los nombres debajo de cada uno?

—No. —Luce niega con la cabeza y embadurna el dibujo de pintura marrón—. Ya sé quiénes son. No necesito recordar los nombres.

Evvie tira suavemente del pelo de su hija.

—Qué afortunada soy de tenerte, mofetilla.

Evvie tenía diecinueve años cuando nació Luce. Aquel invierno, la lluvia llegó tarde e inundó el cuarto de la lavadora. Evvie se agazapaba en las sombras, amontonaba madera empapada en la chimenea y encendía cerilla tras

cerilla. No prendían. Tan sólo se formaban nubes de vapor. La muchacha oteaba el cielo gris mientras Luce lloraba sobre sus pechos pesados. Abría las puertas de la cocina y dejaba entrar a los fenómenos meteorológicos.

En Aldgate se sentía como una reclusa, hundida en el fango, atascada en la casa de Dell, abrumada por sus pies plomizos, por las nubes negras, por el bebé. Un año antes, su cuerpo era ligero como el aire, sus músculos, elásticos, infatigables. Se recordaba en su hogar, en la península de Eyre. Tenía las plantas de los pies esculpidas en granito; entre sus dedos se trituraba la arena. Saltaba de roca en roca y perseguía gaviotas. Aprendió a bailar en la playa. Los años de ballet en el centro cultural de Ceduna le enseñaron disciplina, pero fue el tramo de cielo, mar y arena lo que estimuló su cuerpo.

Adelaida no era una gran ciudad, Evvie lo sabía, pero cuando llegó por primera vez tras toda una vida en la costa oeste, pensó que había encontrado el resto del mundo. La Academia de Artes Interpretativas la absorbió en cuerpo y alma. Se dedicó a ensayar, a tomar clase tras clase (clásico, moderno, contemporáneo, improvisación, teatro), a correr por la margen del río Torrens en su tiempo libre, a reír ante el dolor, a alzarse sobre la extenuación de sus músculos. Escribía a su casa con muy poca frecuencia, y luego prácticamente nunca. Sus padres siempre decían que acabarían perdiéndola. Leía por encima las cartas que ellos le enviaban y las vio poco a poco convertirse en un punto en el mapa. Cosas de mamá y papá que guardaba en un paquete atado con una banda elástica. En las otras cartas, las escritas con una caligrafía enlazada y meticulosa, Evvie garabateaba: «dirección

errónea». Si él no entendía el mensaje, Evvie no sabía de qué otra forma transmitirlo.

La vida arrastra, empuja y retuerce. En la cocina húmeda, Evvie comía natillas frías y sentía que le pesaban el cuerpo ajeno y dolorido, la piel flácida, la energía consumida. Tenía una herida abierta que no dejaba de sangrar.

Dell no ofrecía mucho consuelo. Los fines de semana se escapaba al jardín y dejaba a Evvie acunando al bebé con la música demasiado alta. Entraba al final del día, con los dedos morados e hinchados por el frío, entablaba una conversación trivial y disponía en un tarro de mermelada un repertorio escaso de flores. Colocaba con mucho esmero unos cuantos ramilletes de rosas de cuaresma y lavanda, y Evvie se exasperaba: escuchaba el parloteo torpe de su amiga sobre el azafrán de primavera o el ciclamen o la clemátide y se sentía a punto de explotar. Sin embargo, a medida que disminuyeron las lluvias y el jardín se llenó de macizos de narcisos, junquillos, cuando la camelia empezó a combarse por el peso de los enormes botones rojos, Evvie entendió que las flores eran un gesto. El tarro de mermelada no tenía mucha capacidad, así que, un sábado a media mañana, Evvie le regaló un jarrón a Dell. Era de cristal azul soplado a mano. Lo llenaron de campanillas de invierno y de fresias silvestres, y la cocina despidió un olor demasiado dulce.

Dell deja caer los periódicos junto a Evvie y dispone las *delicatessen* en la mesa de café.

—¿Qué habéis estado haciendo? —Se quita el abrigo.

—Pintar. Estar tumbadas. Hablar y pensar.

—¿Sobre qué?

Evvie arranca el extremo de la barra de pan.

—Nada importante.

Dell observa masticar a Evvie, siente que le arden las tripas y se pregunta si debería intentar volver a la cama.

—¿Dell?

Dell se da cuenta de que Luce está diciendo algo: tiene los labios humedecidos de saliva y brillantes.

—¿Verdad que sí, Dell?

Dell se apoya en la pared, presiona los dedos sobre el estómago y desaloja una burbuja de aire.

—¿Verdad que yo era un bebé muy, muy bonito?

Evvie se está riendo y Dell no sabe por qué.

—Sí —acierta a decir—. Eras preciosa. —Se pregunta si tendrán algún antiácido en casa. Debería haber comprado alguna bebida gaseosa cuando salió. Mira a Luce—. Ni siquiera había cogido nunca en brazos a un bebé antes que a ti.

Una noche, cuando Luce tenía tan sólo unas semanas de vida, Evvie se acercó a Dell pálida, con las manos temblorosas.

—Necesito un poco de tiempo para mí. Ir hasta algún sitio. No tardaré mucho. —Dejó a Dell con una botella de leche materna.

Era la primera vez que Dell se quedaba completamente sola con Luce y tenía la sensación de que también era la primera vez que de verdad la sostenía en brazos, le hablaba y la miraba. Hasta el momento, la criatura chillona había sido el obstáculo que se interponía entre ella y Evvie, que había desgarrado, vaciado y extenuado a su

vivaz amiga, que había puesto sus vidas patas arriba y desconcertado a los animales. Dell había buscado paz en el jardín, aliviada de poder columpiar las llaves del coche en los dedos y marcharse a trabajar, o quedar con alguien para tomar una cerveza, o deambular sola por el supermercado. Sin embargo, esa noche, Dell empezó a pensar de otra forma. Exploró la carita diminuta con los dedos, trazó las venas finas y moradas, alisó las cejas, dio palmaditas en las mejillas, acarició el pelo, sintió latir el pulso en las fontanelas. Paseó a Luce por el jardín, fascinada por sus ojos de color añil y su olor a leche agridulce. Habló en susurros de la luna y del modo en que se movían las nubes por el cielo, de las hojas de los árboles cargadas de rocío y de las babosas que se deslizaban por sus caminos viscosos. Luce tenía los ojos muy abiertos y estaba muy atenta, y Dell se sintió dichosa por aquel momento sereno e íntimo.

Después, en el interior de la casa, Dell se preguntó cómo calentar la botella del bebé. Pensó que era mejor no molestar a Evvie llamándola al móvil, así que vació la leche en un cazo. La leche se arremolinaba y humeaba mientras Dell caminaba impaciente por la cocina, mecía al bebé y comía almendras de la despensa. Luce empezó a lloriquear. En un instante, la leche comenzó a salir a borbotones del cazo, chisporroteando sobre la resistencia. Dell accionó todo lo que estaba a su alcance, pulsó mandos y giró llaves, retiró sartenes y abrió grifos. Luce se había puesto de color escarlata con todo el trasiego. Dell metió un nudillo en la boca del bebé y trató de limpiar el desaguizado con la mano libre. La leche había quedado reducida a una sopa pastosa y la grasa se fundía

sobre la resistencia, imprimiéndole un color grisáceo. Dell pinchó con los dedos la capa exterior endurecida y se abrasó las yemas. La leche, la leche del pecho de Evvie, se filtró por la tapa del hornillo oxidada y emitió un silbido.

Dell llamó a Evvie para contarle lo sucedido.

—Nunca se calienta la leche de esa manera. Sólo tiene que estar templada.

Dell intentó hablar pero no le salía una disculpa.

—Sólo hay que poner la botella en una taza con agua caliente. Y ya está.

Dell se aclaró la garganta.

—Pues ahora ya no hay leche, así que tendrás que venir a casa.

—Claro.

Dell abrió la puerta de par en par y encendió el extractor de gases, pero el olor a leche quemada era muy penetrante. Frunció el ceño al ver la vieja cocina sucia con sus azulejos de color naranja y el enchapado verde lima. Abanicó el aire delante del bebé, al que todavía tenía en brazos. El hedor le daba ganas de vomitar.

—Un bebé muy, muy bonito. —Sonríe Luce.

—Le dabas mucho trabajo a tu madre. —Dell se frota el estómago—. Pero supongo que pasa lo mismo con todos los bebés.

Tras unas cuantas semanas lúgubres, la vida volvió a sus cauces y ellas pudieron empezar a reírse de nuevo. Evvie sostenía a su bebé blandito en el umbral y posaba con Dell ante la cámara de fotos.

—¡Qué típico! —Dell se desternillaba.

Evvie ponía los ojos en blanco e imitaba el sonido de los vómitos.

—Nuestra familia.

Dell, Evvie y la criatura llamada Luce. Poco después, Dell compró un gatito. A Clancy no le hizo mucha gracia, pero luego se le pasó el enfado.

Un día, Evvie dijo:

—Ya es hora de que conozcas a Gordy y a Cath. Los viejos.

Eso las puso histéricas.

Dell sopla en la taza de té y se arriesga a beber un sorbo.

—Fui con tu madre a la costa oeste, a casa de tus abuelos. Ella no quería ir sola en el coche todo el camino con un bebé en el asiento de atrás.

Evvie corta un trozo de pan.

—Parece que fue hace muchísimo tiempo.

—Sí, mamá, porque hace siglos que ya no soy un bebé.

—Era como una peli de carretera. —Evvie mastica pan—. Avanzando por la carretera de Eyre. Dos mujeres y un bebé. Un cuatro por cuatro oxidado.

Dell nota que el té dulce le alivia el estómago. Recuerda un instante captado por el espejo retrovisor: Evvie callada en el asiento de atrás, con una mano sobre la cabeza del bebé, dibujando remolinos en el pelo blanco de seda. Su rostro rebosaba amor por los poros.

—Dell aguantó a los abueletes con mucho temple —se ríe Evvie—. Toda una hazaña.

Dell se dirigió hacia un desayuno de beicon y huevos. Trozos gruesos de pan crujiente en una sartén combada y el chisporroteo de la grasa brillante.

—Esa sartén tiene unos cincuenta años. Es de mi madre. Ha visto un montón de desayunos. —Gordon se llevó una cucharada de *muesli* a la boca—. Que ya no son para mí. —Intentó imitar el gorjeo de un pájaro.

Cath cerró los ojos con gesto desaprobador.

—Alpiste u hospital, tú eliges, Gordon.

Señaló una silla.

—Siéntate, Dell, y te preparo unos huevos. Espero que la vieja cama en la que has dormido haya sido cómoda.

Dell se sentó con la espalda recta y las rodillas juntas. Cath le recordaba a una profesora que, en una ocasión, la había reprendido por llevar botas de goma al colegio.

—Sí, gracias. He dormido de un tirón.

—Qué suerte —dijo Evvie, recolocando a Luce en el regazo.

—Habríamos agenciado una cama mejor si Evvelyn nos hubiera dicho que traía a una amiga.

Cath cascó un huevo. Dell vio cómo fruncía la boca.

—He estado cómoda, de verdad.

Sonó el roce del linóleo de una silla. Evvie entregó el bebé a su padre y fue a lavar su plato. Cath la miró y Dell siguió su mirada.

—¿Has ido a ver a la abuela últimamente, Evvelyn? —preguntó Cath.

Evvie apretó una esponja.

—No.

—¿Entonces ella todavía no ha visto a la niña?

—No, no ha visto a Luce.

Dell clavó el tenedor en el huevo frito y se desparramó la yema. Escuchó el quejido de Cath.

—¡Oh, Evvelyn!

—¿Para qué iba a ir? Ella desapruueba mi situación. No voy a ir para sentarme y escuchar su perorata de que soy una de esas madres solteras que está arruinando el país.

Dell no sabía dónde meterse cuando Cath y Gordon intercambiaron miradas. De repente, el huevo que tenía ante sí se le antojó repugnante. La pequeña Luce dio pataditas y emitió un chillido estridente.

Dell ayudó a Cath a fregar. Las dos mujeres miraban en silencio a través de la ventana al padre hablar con la hija. Luce resbalaba por las estrechas caderas de Evvie, retorciéndose contra la figura menuda de su madre.

Cath cerró el grifo del agua caliente con brusquedad y miró a Dell a los ojos.

—¿Es capaz de sobrellevarlo?

Dell tragó saliva y pensó en las lágrimas, los berrinches y el sufrimiento. No sabía cómo contestar.

—Debes de ser una buena amiga para apoyarla tanto.

Cath había arqueado las cejas, inquisitiva, y Dell se preguntó adónde quería llegar.

—No ha de ser fácil para ti tener a una niña en tu casa.

—La quiero mucho.

Cath miró el agua de fregar con las manos suspendidas en el aire. De los dedos goteaba espuma del jabón.

—A la niña. Me gusta tener a la niña en casa.

—Claro. Una criatura es una bendición. —Cath cogió el estropajo y comenzó a frotar un cazo—. Qué pena que no tenga padre.

Dell miró los platos llenos de grasa apilados en la encimera de la cocina y deseó que Cath se apresurase.

—Esta situación es muy dura —continuó Cath—. Evvelyn tenía que ir este año a estudiar ballet a París o a Londres. Ése era el plan.

Dell se alisó un rizo suelto y reunió fuerzas.

—Ya no le interesa el ballet. Ahora se dedica a la danza contemporánea.

—¿Es cierto eso? —Cath rebuscó en el fregadero y sacó del agua un puñado de cuchillos y tenedores—. Ya friego yo el resto.

A Dell le pareció eterno el tiempo que tardó en salir de la cocina.

Gordon y Cath se fueron a cenar al centro, a casa de unos amigos. En cuanto arrancó el motor diésel, Evvie cerró la puerta de la entrada, lanzó los brazos al aire y dio un grito de júbilo. Dell se rió y lió un cigarrillo.

—Son agradables —sentenció al tiempo que daba una calada.

Evvie escogió un par de álbumes de fotos de la estantería.

—Ahora somos diferentes, eso es todo. Ya no me apetece ayudar a mi madre a elegir el tapizado para el cuarto de la lavadora. No frío chuletas ni salchichas ni las cubro de salsa.

Dell se rió y la llamó esnob.

—Ellos están ahí para darte por culo. Son tu familia.

Evvie abrió un álbum por una página con fotos en las que aparecía la familia reunida y miró de reojo a Dell.

—Lo siento. No me daba cuenta —dijo torpemente, y pasaron unos instantes.

Dell se levantó.

—Será mejor que no fume dentro.

Dell fumaba un cigarrillo tras otro en el porche mientras sostenía las fotos casi pegadas a la nariz. Había imágenes de Cath en traje de baño, de Gordon en la barcaza bebiendo una botella de oporto, de Sally a caballo... También aparecía Evvie cuando era una bolita regordeta acunada en los brazos de su hermana. Evvie riendo, llorando, haciendo un mohín y de mal humor. Había instantáneas de Evvie con una camisa amarilla de la escuela local de Ceduna abrazando a un grupo de niños aborígenes de etnia nunga y un número interminable de fotografías de Evvie posando histriónicamente en trajes de ballet.

El mosquitero de la puerta chirrió y dio un golpe.

—Luce se ha quedado dormida —afirmó Evvie; se dio unas palmaditas en el pecho y frunció el ceño—. Necesito un poco de lanolina. Tengo la piel enrojecida.

Dell no apartó la vista del álbum.

—Necesitas una cerveza.

Evvie miró por encima del hombro de Dell, señaló una fotografía y se rió.

—Fue mi primera actuación, cuando tenía cuatro años. Iba vestida de mofeta. Mi madre estaba muy decepcionada. Quería coserme un tutú cada año. A papá le parecía genial. Decía que era una mofeta porque mis pedos olían muy mal. Decía que debería ir vestida de gris, de marrón o de verde negruzco: del color de una nubecita de pedo.

Dell pasó la página.

—Hay un montón de fotos de ti.

—Sí. Sally me odia por eso. —Evvie volvió a señalar—. Aquí era un copo de nieve... Aquí, una gitana... Aquí, un hibisco... Una pastora... En ésa no sé qué soy exactamente: miembro del séquito de una princesa de hielo o algo así... Un hada de otoño... Una lechera... Y ahí era una patinadora. No está mal el manguito para las manos, ¿eh? Mamá se pasó horas cosiéndolo. Recuerdo haberle preguntado por qué siempre tenía que ir de algo raro, por qué no podía ser algo real.

—¿El qué? ¿Un pescador o un surfista?

—¿Por qué no?

Dell se rió.

—Mamá decía que todo era fantasía y que tenía mucha suerte de ser una princesa, aunque sólo fuera un par de noches. —Evvie se incorporó y se apoyó en la verja de la veranda—. Decía que era muy triste que algunas chicas ni siquiera pudieran llevar un traje de boda, ya no digamos un vestido de princesa.

Dell resopló por la nariz.

—¿Te hacía tu madre todos los trajes?

—Sí. —Los ojos de Evvie escudriñaban el cielo—.

Una vez pasó horas prendiéndome con alfileres un corpiño de raso, y yo lo reventé en un segundo al ir corriendo a la ventana de la sala de estar. Nuestro perro había cazado una serpiente marrón. Yo gritaba contra el cristal de la ventana y los alfileres me pinchaban alrededor de la entrepierna.

—¿Al perro no le pasó nada?

—No. Era un perro fuerte.

Dell pasó tres páginas, avanzó en el tiempo y encontró retratos de Evvie de hacía pocos años. Llevaba un vestido azul ajustado, capullos de rosa blanca colocados en el pelo y agarraba con firmeza el brazo de un muchacho pecoso impecablemente aseado.

—¿Quién es? —Dell examinó el rostro estrecho del chico, intentando no parecer demasiado interesada.

Evvie echó un vistazo y luego miró hacia otra parte.

—Nadie.

—Cuéntame otra historia. —Luce tira de la camisa de Dell—. Estoy harta de pintar.

—Me he quedado sin historias por el momento. ¿Qué tal si comemos algo?

—No. —Luce empieza a lloriquear—. Sólo una historia más. Estaré muy atenta.

—Vale. —Dell suspira—. ¿Cuál quieres que te cuente esta vez? ¿La de tu madre, cuando cruzó a nado el río Murray y se quedó atascada en la otra orilla? ¿La de Clancy, cuando se perdió en la tormenta?

—No —dice Luce—. La de mi padre.

Evvie alza la vista por encima del periódico.

—Ya conoces esa historia, gusanito. Es muy corta, ¿te acuerdas? Trata sólo de los espermatozoides.

Dell rompe el silencio.

—Vamos a ver este cuadro.

Se arrodilla y le crujen los huesos.

—Son Sally, Dave y los chicos —explica Evvie—. ¿Verdad, gusanito?

—Sí. —Luce sopla sobre la pintura húmeda—. Lo voy a llevar a la clase de «mostrar y contar».

—¿Y qué historia vas a contar? —Evvie introduce dos aceitunas en la boca.

—La de cuando fui a casa de la tía Sally y tomé un helado de arco iris.

Evvie enarca las cejas mirando a Dell.

—¿Y qué pasa con todas las historias que hemos estado contando esta mañana? ¿Qué hay de la historia de cuando eras un bebé muy, muy bonito?

Luce ladea la cabeza.

—No. —Se levanta—. Voy a echar un vistazo al arroyo.